

Samuel Chamberlain

Un granuja norteamericano durante “la hora más triste de nuestra historia”

Alejandra Camarena Arochi

Samuel Chamberlain (1829-1908) fue un soldado estadounidense que participó en la guerra de intervención norteamericana en México. Su nombre, como el de tantos otros miles de hombres que combatieron en esta tristemente recordada conflagración, pudo olvidarse, pero no fue así por dos motivos: escribir sus memorias a las que tituló *My confession: the recollections of a rogué* –título que podría traducirse como *Mi confesión: recuerdos de un granuja*– y por plasmar en pinturas algunas de sus vivencias ocurridas durante el transcurso de este conflicto.

Lo plasmado en sus lienzos ha cobrado una especial relevancia como fuente y material histórico para el estudio de esta guerra, ya que por desgracia se desconoce alguna obra pictórica realizada por algún miembro de las tropas mexicanas; por lo tanto, para ilustrar mucho de esta guerra se debe acudir a testimonios gráficos norteamericanos.

Alejandra Camarena Arochi. Licenciada en Administración por la Universidad Autónoma de Guadalajara. Maestra en historia. Co autora de *Los Pasajes de la historia de Atizapán*, está dedicada al rescate de la historia de Zona Esmeralda.

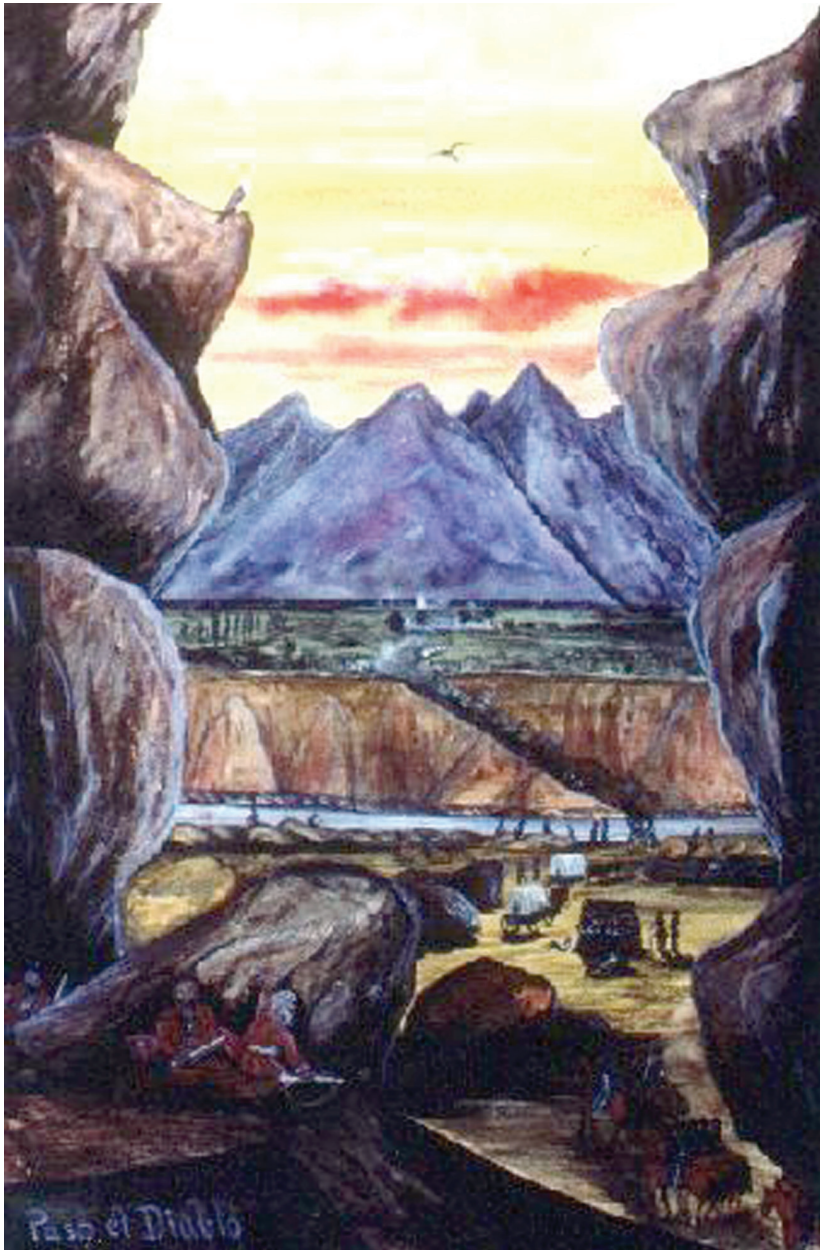


A pesar de que las pinturas son producto de aficionado y por tanto no poseen gran calidad artística, tienen la virtud de representar hechos vividos por las tropas y alejados de las escenas de las “grandes batallas”; algo de lo que se encargarían de hacer otros autores, principalmente mediante litografías.

Lo pintado por Chamberlain, que abarca desde los principios de esta guerra, hasta su consumación en la Ciudad de México, nos proporcionan algo más: a hacer el ejercicio mental de intentar acercarnos, desde nuestro siglo XXI, y comprender cómo era parte de la vida cotidiana de su época.

Sin ser nuestro objetivo analizar toda la obra pictórica de Chamber-

lain, comentaremos sólo sobre algunas muestras representativas de su trabajo. Desde un primer acercamiento, advertimos que uno de sus objetivos fue mostrar las dificultades, amenazas y peligros a los que se enfrentaron los soldados de su ejército; algo que no es nuevo en nuestra historia, si recordamos la obra del soldado-cronista español Bernal Díaz del Castillo sobre la conquista de México, en la cual buscó que fuesen suficientemente



En la acuarela *Paso del diablo*, Chamberlain representa la marcha del Ejército del general Wool hacia Parras, ante la acechanza de guerrilleros mexicanos y un zopilote que sobrevuela en el horizonte.

nos y, a manera de metáfora, un acechante zopilote como ave de mal agüero.

A pesar de que los grupos guerrilleros mexicanos no desempeñaron un papel determinante en el resultado de esta guerra, como lo hizo el Ejército, sí causaron serios dolores de cabeza a los estadounidenses, mediante ataques sorpresivos a tropas poco numerosas que estaban a cargo de las carretas que trasladaban los pertrechos necesarios. El lazo utilizado por ellos fue un arma muy común y efectiva a pesar de su sencillez, Chamberlain se refiere a la reata de manera despectiva como el “arma nacional” de los mexicanos, sin embargo, se ha dicho que le tenía un gran temor.

Otro aspecto que el soldado tomó en cuenta tiene que ver con escenas que formaron parte de la vida diaria durante los meses en que el ejército de Estados Unidos permaneció en el norte de nuestro país. El papel que desempeñaron las mujeres resulta muy interesante. Las relaciones que se entablaron con las mujeres fueron variadas y podría decirse que ellas fueron *benévolas* con los invasores. Muchas ofrecieron sus servicios para lavar ropa y cocinar; quizás hubo otras que fungieron como sus espías, como Chapita Sandoval, de quien se dice reportó de manera puntual al General Taylor sobre la posición de las fuerzas del General Arista en Matamoros.

Muchos de estos trabajos fueron bien remunerados económicamente, a tal punto que hubo quien consideró que a cambio de ellos “habían recibido más dinero en

reconocidos sus méritos como soldado.

A modo de ejemplo podríamos citar la manera como plasmó la escena del paso del Ejército norteamericano cuando cruzó el río Grande, después de ganar las batallas de La Resaca y Palo Alto. Chamberlain tuvo el cuidado de pintar a los soldados guiando sus caballos con un sólo brazo, ya que con el otro sostenían sus armas para que no se mojaran, manteniéndose erguidos; hecho que sin duda

implicó un gran esfuerzo debido a las fuertes corrientes del río.

Es en este contexto como nuestro personaje no olvida representar a los peligrosos “indios bárbaros” del norte, ya sea amenazándolos a todo galope con sus grandes lanzas, o escondidos y espiando los movimientos de su ejército. En su acuarela titulada *Paso del diablo*, donde se observa la marcha del Ejército del general Wool hacia Parras, no quiere dejar al olvido la presencia constante de guerrilleros mexica-



Un pasatiempo común eran los llamados “fandangos” que atraían a muchos soldados, quienes danzaban por horas con las señoritas mexicanas. Arriba, dos pinturas de Chamberlain que refieren esta diversión, *Young Sam at a fandango (a Mexican dance)* y *A fandango hall at Monterey*.

efectivo que el que hubieran soñado”.

El comercio establecido entre mexicanos que vendían servicios y comerciaban con los norteamericanos fue tan exitoso que hubo ciudadanos mexicanos que se opusieron a la firma de un tratado de paz, ya que el estado de guerra les había producido mucha prosperidad debido al pago de bienes y servicios.

También hubo mujeres que ayudaron de manera solidaria a aliviar

las penas de los heridos en combate, recordemos el caso de la famosa “Señorita de Monterrey”, quien sin hacer distinción de nacionalidades murió mientras atendía a heridos de uno y otro bando. Chamberlain no olvidó en recordar al sexo femenino con largas trenzas y faldas, en momentos cuando ayudaban a levantar a los heridos en camillas o a lomo de mula.

Estos hechos provocaron que muchas de ellas fueran castigadas e incluso algunas asesinadas luego, por considerar que habían cometido traición a la patria, ya que el gobernador de Coahuila advirtió a los pobladores que quienes cooperaran con el ejército norteamericano de cualquier forma, por leve que fuera, serían “sujetos a las con-

secuencias que trae una infidencia de tal naturaleza”.

Hubo soldados norteamericanos que dejaron testimonio sobre su conducta, amable y condolidada por sus padecimientos, muy diferente a como los veían sus padres, esposos y hermanos, hombres mexicanos a quienes llegaron a describir como “varones oscuros, crueles, grasientos y flojos”. Los llamaban *greaser*. A un soldado de Virginia le parecían tan grasosos “que podían compararse a un trozo de tocino”. Lo que no ocurrió con muchas mujeres, como hemos dicho.

La palabra “pobrecito” llegó a parecerle a más de uno hermosa en sus bocas, al grado de considerarla como “el sonido más dulce”. Un enfermo se expresó de una de ellas como una mujer de “blancura de mármol, de mejillas rosadas, de grandes ojos inundados de negro acompañados de sus pesadas pestañas”.

No pocos romances florecieron entre ellos, un pasatiempo común lo eran los bailes. Los llamados “fandangos” atraían a muchos soldados, quienes danzaban por horas con señoritas de ojos oscuros, acompañados de la música que emergía de violines, guitarras y mandolinas. Esta diversión fue tan común que hubo que imponer algunos impuestos para limitar su frecuencia y no fuese causa de distracciones que afectaran la labor militar.

Algunos encontraron a las “sino-returs” [señoritas] mexicanas más sensuales y divertidas que las norteamericanas que habían dejado atrás en sus pueblos, muchas de ellas educadas bajo la férrea educación victoriana de la época. Y no faltó quienes regresaron a su país con ellas como esposas, no sin antes justificar su proceder al señalar que eran “de pura sangre castellana”, algo que no era inusual conociendo el arraigado racismo impe-



rante entre los estadounidenses. Para muchos fue una sorpresa el haber encontrado en México a algunas mujeres “tan blancas como las norteamericanas”.

Sin embargo, un problema significativo lo fueron las enfermedades venéreas, casi inexistentes en poblaciones pequeñas, mas no así en ciudades más grandes del norte del país como Monterrey y Saltillo, donde se extendieron al punto de que requerían de varios vagones para apartar a los enfermos infectados, a quienes se les trataba mediante la aplicación de una solución ácida –dosis de mercurio– para cauterizar sus chancros o úlceras.

Por otro lado, un pasatiempo muy socorrido fue el juego. Samuel Chamberlain dedicó algunas de sus pinceladas al escenario donde aparecen varias bailarinas amenizando un juego de tahúres. Fue común jugar al poker, seven up, whist, euchre, vin-et-un, y al chuck-a-luck, entretenimientos donde los soldados apostaban no siempre sus excedentes

financieros. Existieron casos donde perdían considerables cantidades de dinero en cinco minutos; a la vez existía un curioso juego en el que se empleaban machetes y lo que se apostaba era un sencillo piloncillo de azúcar.

Es pertinente recordar que Chamberlain nació en New Hampshire y que, después de fungir como bombero en Boston y guardián en una prisión en Connecticut, se unió al 2º. Regimiento de Voluntarios de Illinois en Texas; y en San Antonio formó parte del 1º de Dragones del Ejército estadounidense bajo las órdenes del General John Wool, a quien se le encomendó llevar a sus tropas a Chihuahua. Las dificultades que entrañaban las condiciones geográficas impedían el movimiento de la artillería, razón por la cual se trasladaron hacia Saltillo para unirse a las fuerzas del General Taylor, después de que éstas tomaron la ciudad de Monterrey.

Las fuerzas de Wool, y por ende tampoco Chamberlain, no pasaron

Chamberlain formó parte del 2º. Regimiento de Voluntarios de Illinois, que en la pintura de su autoría se forma para una revista del General Wool.

por Monterrey; por lo tanto, causa extrañeza ver que en las *Confesiones* el soldado haya descrito cómo “con alegría desafiante era izada la gloriosa [bandera] de las Barras y las Estrellas en el Obisnado” de Monterrey, así como su narración de cómo los regiomontanos fueron perseguidos “cuarto por cuarto mientras exclamaban feroces gritos y llantos a los que los norteamericanos no daban tregua”.

A la vez del adjetivo de “pícaro”, habría que añadirle el de un posible gran mentiroso, pues se considera que las escenas pintadas de Monterrey fueron a partir de relatos de combatientes que sí participaron en ellas.

Por último, nos referiremos a dos pinturas que reflejan dos acontecimientos relacionados al drama de esta historia. La primera tiene que

ver con lo acontecido tras la batalla de la Angostura, donde Chamberlain pasó la noche y sobre la cual pintó una escena que describió así: “la noche era fría, las fugaces nubes atravesaban la luna que arrojaba su misteriosa luz sobre esta lúgubre escena”. Se refería a la imagen de decenas de cadáveres tendidos sobre la tierra, olvidados de sus compatriotas en medio de una oscuridad sobrecogedora.

La segunda refiere a la llamada “masacre de la cueva”, un hecho que aconteció en febrero de 1847 al sur de Saltillo. En esta pintura del Museo de Historia de San Jacinto, una acuarela y lápiz de 19.7x34.3 cms, titulada como *Dragoons rescue survivors of cave massacre*, e intitulada en español como *Saqueadores en la riña o Saqueadores desenfrenados*, se observa cómo un grupo de voluntarios de Arkansas,

Un grupo de voluntarios masacraron a decenas de civiles mexicanos que habían buscado refugio en una cueva. Chamberlain llegó de prisa con “un grupo de valientes” para salvar a las personas que aún quedaban con vida.

llamados los saqueadores o *Racksackers* [atormentadores] masacraron a decenas de civiles mexicanos, quienes temerosos habían buscado refugio en la cueva.

Los llamados “voluntarios” eran hombres provenientes de diferentes regiones de Estados Unidos, que se unieron a su ejército atraídos por la promesa de su gobierno de una buena paga y del otorgamiento de tierras de hasta 160 acres. Fueron ciudadanos que no siempre se acoplaron a la rígida disciplina militar, y por tanto tuvieron constantes enfrentamientos con sus superiores. A los venidos de Arkansas se les conoció por pendencieros y ya habían significado un problema al General Wool que los tenía bajo su cargo.

Lo que protagonizaron en esta cueva fue muy cruel, ya que propinaron una muerte lenta a casi 30 mexicanos indefensos, entre ellos mujeres y niños, pues les arrancaron la piel de su cabellera hasta desangrarse, una costumbre copiada a los indios del sur de Estados Unidos. Chamberlain declaró que él y un “grupo de valientes” llegaron

de prisa a la cueva, salvando a las personas que aún quedaban vivas y que permanecían rezando, llorando y lamentándose, a la vez que se colgaban de las rodillas de los torturadores suplicando misericordia.

Este hecho ha quedado plasmado para el recuerdo con lujo de detalles: mujeres hincadas suplicando piedad, cuerpos tendidos con el cráneo sangrante al descubierto y hombres con cuchillos filosos al aire. También se observa a un hombre señalando a un crucifijo mientras parece pedir piedad cristiana a un voluntario. La descripción que hizo su autor fue la siguiente: “en el suelo de roca ardía un fuego que proyectaba su luz trémula y exigua sobre el lúgubre escenario: cerca de 30 mexicanos yacían masacrados en el piso, la mayoría había sido escalpada. En las grietas, los charcos de sangre se coagulaban. Un olor nauseabundo invadía el lugar”.

El reporte oficial estableció que asesinaron sólo a dos civiles. No era momento para darse el lujo de aplicar castigos apartando a hombres





necesarios para la batalla que se avecinaba. Es sabido que no hay guerra justa, pero cabe preguntarse qué ocasionó este desbordamiento de odio y ferocidad. Se ha dicho que durante su estancia en Saltillo, soldados norteamericanos molestaron verbalmente a unas muchachas, así que algunos buscaron vengarse y asesinaron a un soldado norteamericano que andaba sólo buscando a su caballo. Al verlo, un grupo de mexicanos lo lazaron y arrastraron con su caballo hasta ocasionarle la muerte; al día siguiente los compañeros encontraron su cuerpo y decidieron tomar represalias.

Finalmente, nos referiremos a otro hecho que resulta sorprendente. Tras haber concluido la guerra y habiéndose firmado los tratados de paz, Samuel Chamberlain se unió a una conocida banda de forajidos, encabezada por un hombre llamado John Glanton. Fue un grupo que se dedicó a ofrecer sus servicios a hacendados y autoridades quienes, cansados de los serios problemas que causaban las constantes incursiones de "indios bárbaros" en sus propiedades y en las poblaciones, ofrecían hasta 50 dólares por cada cabellera de apache que les hicieran llegar.

Además de plasmar en pinturas algunas de sus vivencias ocurridas durante el conflicto, Chamberlain escribió sus memorias. En la imagen, Sam en su vejez recordando la guerra con México.

Esto significó un exitoso negocio para Glanton en un principio, pero se llegó un momento en que los apaches escasearon y quisieron engañar llevando cabelleras de pobladores pacíficos, así que el gobierno de Chihuahua los declaró fuera de la ley. Por lo tanto, escaparon sin dejar de aterrorizar a las poblaciones que encontraban a su paso, también se disfrazaban para emular apaches, matar granjeros y seguir manteniendo contratos con las autoridades.

Todo esto nos lleva a preguntarnos la razón del cambio de actitud de Samuel Chamberlain. Cómo alguien que se había mostrado sensible a los sufrimientos de otros, incluso salvador de inocentes, formó parte de un grupo de asesinos que cometían las mismas atrocidades que alguna vez él evitó en aquel paraje de la cueva.

Todo indica que el drama de la guerra no termina con la firma de un tratado de paz entre dos países.

Fuentes

- Francaviglia, Richard y Douglas Richmond (coords.), *Dueling Eagles. Reinterpreting the U.S.-Mexican War, 1846-1848*, Universidad de Texas, 2000.
- Libura, Krystyna, et.al., *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, Conaculta, 2004.
- Sheridan, Cecilia, "Coahuila y la invasión norteamericana", en *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, Secretaría de Relaciones Exteriores, El Colegio de México y FCE, 1997.
- Winders, Richard, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, 2005.